

Madama Vigée Lebrun, á cuyo pincel maestro se deben tantos hechiceros retratos de la infortunada reina María Antonieta. Una noche había convidado la pintora á doce ó quince personas, con objeto de que escuchasen leer al poeta Le Brun; y como antes de la reunión se leyese algunas páginas de *Los viajes del joven Anacarsis*, obra tan favorecida y celebrada entonces, al llegar á la descripción de una comida griega y la explicación de varias salsas, el hermano de la Vigée exclamó: «Deberíamos hacer que esto lo probasen hoy nuestros convidados.» Al momento la pintora llamó á su cocinera, la enteró, y se convino que haría cierta salsa helénica para el capón y otra para la anguila. Esta idea suscitó la de disfrazarse con trajes griegos para sentarse á la mesa. El taller estaba lleno de paños y telas en las cuales envolvía á sus modelos la Vigée, y el conde de Parois, que vivía en la misma casa, era coleccionista y poseía centenares de curiosos vasos etruscos. Se le pidió contingente, y trajo cantidad de copas, vasos, ánforas, cráteres y platos de la más característica forma. Limpió la Vigée los cacharros seculares, y los colocó, sin mantel, sobre una mesa de madera lisa y llana; después hizo el fondo del comedor con un inmenso paño plegado á la antigua, sujeto por medio de clavetones, como suele aparecer en los cuadros de Poussin; colgó del techo una lámpara adecuada, y esparció rosas por el suelo y sobre la mesa. Según iban llegando los convidados, que eran en su mayor parte mujeres bonitas, la Vigée las peinaba y vestía á su modo, transformándolas en atenienses. A Lebrun-Pindaro, el relamido poeta, le quitaban los polvos blancos de la cabeza y le colocan una corona de laurel; le pegan un manto rojo, remedando la púrpura, y hele convertido en Anacreonte. Todos los demás convidados se van transformando así, y por último la pintora se arregla también con una corona de rosas y un velo de gasa. Dos jovencillas, con blancas túnicas, un ánfora bajo el brazo, se disponen á escanciar la bebida; y todos los comensales, á coro, entonan un himno pagano de Gluck, el autor de *Orfeo*, acompañado con la lira por uno de los presentes que ha convertido en lira nada menos que una guitarra.

El espectáculo era pintoresco y lindo hasta lo sumo; la cena fué frugal y extraña: una torta amasada con miel y salpicada de pasas de Corinto; por bebida, vino de Chipre. A los postres, Le Brun recitó anacreónticas. Al día siguiente no se hablaba en la corte de otra cosa sino de la cena griega de Madama Vigée; á los quince días toda Europa la comentaba. En Versalles se dijo que había costado veinte mil francos; en Viena que sesenta mil; en San Petersburgo que ochenta. «Y la verdad — escribe Madama Vigée — es que debió de costarme poco más ó menos quince francos.»

Lo cierto es que la comentadísima cena griega trajo indudablemente la moda — que estaba en la atmósfera — de vivir á la griega todo lo posible. Para las mujeres muy hermosas, de formas arrogantes y perfectas, de proporciones estatuarías, los estilos griegos eran tentadores. Nadie desconoce aquel primoroso retrato de la Récamier, envuelta en los paños elegantísimos de una túnica antigua, alto el tallo, forma que exagera la longitud de los clásicos brazos, y desnudo el pie, digno de una escultura de Fidias. Pero tales novedades tenían que durar poco: no sólo eran incompatibles con la modestia y el recato que han llegado á ser una necesidad moral en los pueblos civilizados á la moderna, sino que hasta pugnan con los rigores del clima y con las exigencias de la vida actual. Por eso en *La corte de Napoleón* luce la Tubau, sobre un traje majestuoso de corte griego, un manto ó *pelisse* bien septentrional, aforrado de arriba abajo de pieles de armiño.

Por señas que este manto me hizo pensar que no hay nada tan difícil como dejar satisfecho á un público, cuando este público no es, en conjunto, ni enteramente culto ni enteramente ignorante; cuando tiene una semi-cultura que basta para hacerle exigente, y no le predispone á darse cuenta de lo relativo de ciertas cosas. Dígolo porque he oído en serio poner á los trajes de *La corte de Napoleón* el defecto de que las pieles no son auténticas. Querían que la Tubau se gastase en el manto de armiño unos sesenta ó setenta mil francos, que es lo que podría costar si la piel fuese verdadera. El armiño vale carísimo, y poco se ve por acá que no sea imitación; las *queues d'hermine* que este año se llevan tanto, suelen trascender á gato y á conejo legítimo, aun en los cuellos de chaqueta, donde entran por cantidad mínima. La diferencia entre la imitación y la verdad sólo se aprecia desde cerca y al tacto: en el escenario producen admirable y rico efecto las pieles falsas, que, falsas y todo, no son baratas cuando se emplean en tales proporciones. Decían, para censurar las pieles

de la Princesa, que en París *Madame Sans-Gêne* lucido pieles incontestables. Así será, y no lo dudo de la fastuosa Sara, que hizo cincelar frascos de oro incrustados de brillantes, con blasón y corona, para la *Princese Georges*; pero es de advertir que en París un drama que se da bien puede alcanzar á las doscientas ó trescientas representaciones sin gran esfuerzo, mientras que en Madrid se acaban en segunda, escape, el tabaco y el público.

Con la reaparición del neo-clasicismo en el teatro ha coincidido el Carnaval, sus bailes, sus disfraces, sus caprichos; y á pesar del desaliento que reina y del pesimismo que no muere — ni padece enfermedad ninguna, que aquí la eterna enferma es la esperanza — mucha gente, en estos momentos, piensa en el atavío que lucirá, y en la cabeza que va á hacerse. ¡Hacerse una cabeza! ¡Ahí es un grano de anís! No nos vendría mal averiguar el secreto de cómo se hacen cabezas... cabezas administrativas, cabezas políticas, cabezas económicas, cabezas científicas, cabezas estratégicas, cabezas morales y cabezas diplomáticas. Si de cabezas andamos mal, en cambio recogemos siempre riquísima cosecha de *cabecillas*: este diminutivo ha venido á ser una de las fórmulas de nuestra decadencia y de nuestra peculiar desventura. Cabecillas á cientos salían en el período de las guerras civiles: cabecillas á granel salen ahora en la gran Antilla y en Filipinas: los mambises y los tagalos nos han «cogido el aire», nos han sustraído el modelo de ese tipo genuinamente peninsular, que empieza en Viriato y acaba en el cura Santa Cruz, es asombroso lo bien que se les adapta, cómo lo reproducen en infinitas copias, variantes y posturas.

Si se tratase de cabecillas, poco ó nada habría que discurrir. Vengan Aguinaldos, vengan Garcías, Gómez y Maceos, y cátese un baile siniestro, *macabro*, como ahora dan en escribir; un baile en que sería preciso que la orquesta reprodujese las cadencias de Saint Saens, el ruido de los fémures y tibias que se entrecocan y de las costillas descarnadas que suenan como castañuelas. Pero se trata de cabezas, y ahí sí que me explico las vacilaciones, las consultas á grabados y figurines, las visitas al Museo y á los talleres de pintor, de que habla estos días la prensa.

¡Una cabeza! Se me dirá que cada cual tiene la suya, y que le va con ella tan ricamente, salvo los días en que duele y se pone jaquecosa. Otros observarán, y con razón, que lo que se pide es, no un cerebro, una cabeza *por dentro*, sino la exterioridad de la cabeza, la hermosa vegetación del cabello y la máscara de la piel. Estos tienen razón; y si no fuese así, la empresa de hacer una cabeza sería irrealizable. Cabezas hay que pueden adornarse á la vista; pero allá en los alcázares del pensamiento, sólo Dios, con su inmenso poder, acertaría á arreglarlas.

Marchará, pues, el reloj de la inteligencia como guste, adelantando ó atrasando; y el peluquero hará maravillas en lo visible. Los polvos á la mariscal, blancos y rubios, caerán con la lluvia de Dámaso sobre los bucles, las *cocas*, las *baterías*, los *morteros* y las trenzas artísticamente colocadas. Entre el grupo de plumas, el atrevido lazo ó la caprichosa *fantasía*, resplandecerán como gotas de agua ó chispas de fuego las *aigrettes* de diamantes, los soles de brillantes, las plumas de pavo real cuajadas de esmeraldas y rubíes; y veremos muchos rostros perder su tipo actual, moderno, y adquirir, por el sortilejo de un peinado ó de un prendido, la fisonomía de una época, el carácter de alguno de esos tipos históricos que están presentes siempre á la memoria. Madama de Lamballe, Madama de Pompadour, la Maintenon, la Montespan, la Vallière, la Récamier, María Antonieta — ¡sobre todo María Antonieta! — porque la desdichada reina de Francia tiene el privilegio de influir en la moda, á estas alturas del siglo XIX que casi está empalmando ya con el XX, más de lo que influyó cuando, joven y encantadora Delfina, sus palabras eran un ímán, y sus deseos órdenes en Versalles, Fontainebleau y Trianon. Sus peinados, sus breros, pañoletas, abanicos, botas y cajas para cofetes, son el ideal de la moda en este instante; y aquella mezcla de sencillez, de refinamiento y de originalidad á la inglesa que se nota en todo lo que pertenece al reinado de Luis XVI, se procura y busca, sin acertar siempre á encontrarla, porque un período histórico es la armonía de tantas cosas...

De cualquier modo, el Carnaval tiene la ventaja de que ayuda á aprender historia y comunica entusiasmo artístico. En el Carnaval y en algunos de sus festejos hay un aspecto ideal y fino que la imaginación agradece.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL ARTE HISTÓRICO Y EL CARNAVAL

El estreno en el teatro de la Princesa de la obra de Victoriano Sardou *Madame Sans-Gêne*, traducida y adaptada á la escena española bajo el título de *La corte de Ivópoleón*, ha sido un acontecimiento desde el punto de vista de la exactitud, propiedad y lujo en trajes, decoraciones y mobiliario, y como por aquí no estamos muy habituados á semejantes fortunones, nos ha sorprendido de un modo doblemente grato el esfuerzo de la empresa Palencia-Tubau, y hemos pasado una noche deliciosa creyendo ver desfilar ante nuestros ojos las viñetas de los abanicos de setenta ó ochenta años de fecha, y las escenas contemporáneas de la gran Stael y los albores del romanticismo.

Fué una época realmente galana y bizarra en el vestir y en el adorno de las habitaciones esa que aparece fielmente representada en *La corte de Napoleón*. Las mujeres vestían con una libertad muy próxima á la licencia, y los hombres con un fasto asiático que trascendía á campaña de Egipto y á incursión á tambor batiente por imperios tan impregnados aún de orientalismo como Austria, Hungría, Rusia y Polonia; el gusto, cautivo aún en las prisiones del clasicismo del siglo XVIII, era una especie de salto atrás dejando de esta parte al cristianismo, y retrocediendo, no tanto á Grecia como al estilo romano, derivado de Grecia, y cuyos muebles, vasijas y elementos decorativos eran entonces muy familiares, no sólo á Francia, sino á España, que conserva delicadísimos trabajos y modelos de este género en sus Reales sitios y en algunas mansiones de la grandeza. No se vivía á la griega únicamente en Francia: en España — pugnando con el carácter nacional — también se había aclimatado ese gusto, algo frío, de elegancia sobria y exquisita.

En cuanto á la moda de vestirse á la griega, será curioso tal vez recordar dónde nació. Puede creerse que fué en una cena, en el taller de la famosa artista

Hay que este renacimiento ó artefacto la iniciación biese poco y autoridad co de nunganizaror preexistir taba forn presencia la tristes das, sino actualisir soportar de desal paciones ca perso tenemos los grieg cantando cara risu fadora d Lo cie lluvia qu virtiend enloquec pentinas ces y floi queses d mente di al través pojadros celaje, la cuando tirada p ó de con ba del ca ba serpe y azules.